

## 27 meses para el 27

LOLA PONS

Un símbolo es convencional, pero resulta representativo; una conmemoración es evocadora, pero está vacía hasta que se llena de un contenido a la altura de aquello que se celebra. Faltan 27 meses para 2027. Estas líneas son mi petición de que el centenario de la generación del 27 sea planeado como exige su relevancia, y que en la preparación de la efeméride hagamos la deónica que la trascendencia de ese grupo nos exige.

Podemos trivializar los centenarios y definirlos como la suma de 99 años de olvido y uno de recuerdo. Así resumía Borges la aparente hipocresía de celebrar cien años de algo (“noventa y nueve años olvidadizos y uno de liviana atención es lo que por centenario se entiende”). Lo decía a propósito del tricentenario del fallecimiento de Luis de Góngora que se preparaba para 1927 en Sevilla, en unos actos donde participaba un grupo de jóvenes poetas que, por buscar el norte de su inspiración, fueron al sur a retratarse y dieron lugar a la foto icónica de la generación del 27.

Desde su surgimiento hasta la actualidad, la bibliografía nos ha ido ampliando los perfiles de los integrantes del grupo del 27: hemos reivindicado a las mujeres que no salieron en la foto, hemos recuperado textos inéditos, en el canon se han consagrado o desplazado algunos de los autores. Pero, más allá de la valiosa investigación filológica sobre esta etapa, se ha mantenido lo que ya en su tiempo se percibió: la coincidencia feliz de talento, trabajo y ambiente histórico que fertilizó en el primer tercio del siglo XX en España y que dio lugar a creadores y creaciones que, en la literatura, las artes plásticas o la música, fundaron o refundaron nuestra cultura. Cuando en las redes de la Universidad de Sevilla veía esta semana bajo el rótulo de #27ParaEl27 una sucesión de vídeos donde estudiantes y profesores recitaban versos del famoso “Verde que te quiero verde” de Lorca me admiraba imaginar cuánta gente que nunca ha leído poesía conoce estos versos.

En el siglo XXI, habituados a conmemorar aniversarios de renombre, e incluso habiendo celebrado ya el siglo de nacimiento

de algunos de los miembros de este grupo, ¿qué sentido tiene ponderar los cien años de una foto donde no están todos los que fueron? No cabe otra manera de honrar el pasado del grupo del 27 que ponerlo a dialogar con nuestro presente para auspiciar un centenario que tenga contenido más allá de lo arqueológico: 2027 puede ser un buen año para reconciliarnos por fin con la memoria histórica, para buscar a las nuevas *sinsombrero* en las *sinvelos*, para redefinir sin populismo ni paternalismo nuestras relaciones intelectuales con América, para diagnosticar el estado del mundo editorial.

Con 27 meses por delante, planteo la necesidad de que en este tiempo pensemos sobre el papel de las universidades entonces y ahora. Porque, lejos de estar despegadas

### El centenario de esa foto de Sevilla puede ser el acicate para un debate sobre la cultura y la universidad

del mundo de la creación, las universidades fueron para estos escritores un apoyo imprescindible, no una profesión de la que vivir. La figura de los poetas-profesores (lo son varios de esta generación) hace convivir en una sola persona al creador y al intelectual, ayudando a que se valorase la escritura literaria como trabajo y dando lugar a que algunos de sus escritores ocuparan posiciones importantes en las institu-

ciones. Muchos auspician la fundación de revistas y ayudan a imprentas dedicadas a la suicida misión de vivir de editar poesía. Se contagia al estudiantado el deber social que desde la Institución Libre de Enseñanza se exigía a quienes disfrutaban del privilegio de la educación. Que algo lanzado por esa generación se llame “misiones pedagógicas” no es caprichoso: está la época en que se despierta en la intelectualidad el interés por la pedagogía, y extender la educación se trata con el mismo compromiso que asume quien evangeliza. La universidad americana es el refugio de muchos de ellos cuando salen de España exiliados. Hay decenas de razones.

La universidad de entonces era otra universidad, cierto: en España no llegaban a una docena las universidades públicas (hoy son medio centenar), el número de estudiantes era menor, las mujeres universitarias eran una anécdota prometedoras y el acceso a la educación superior era elitista. Pero sobre ese panorama, los creadores del 27 dan una vuelta a lo que ellos ofrecen y demandan de la universidad.

Hoy tenemos una universidad con un alarmante absentismo, con políticas de promoción que priman la publicación de investigaciones cortas; la docencia pesa poco; tener alguna actividad de creación fuera de la universidad es munición para que el colega hostil sostenga el tópico de que el sitio del profesor está en la azotea sin vistas de la torre de marfil. Desde Puerto Rico, en los años cuarenta, en unas conferencias sobre la *Defensa del estudiante y de la universidad*, Pedro Salinas manifestaba: “No puede ser la Universidad una simple mandataria de la sociedad, sino que debe ser algo más: una directora”.

La cifra con que marcó un jalón de inicio podría haber sido otra: 26 meses, o 34. Pero 27 son las letras del alfabeto español y es poético pensar que Dios sí que juega a los dados con la creación literaria. Tenemos 27 meses por delante para parecernos a lo mejor que tuvo, de manera fugaz y prometedora, ese tiempo de hace casi cien años.

**Lola Pons** es filóloga, historiadora de la lengua y catedrática de la Universidad de Sevilla.

RIKI BLANCO

